

## Lo judío: un continuo. A partir de la obra de Nora Strejilevich

Nadie piensa en implorar, en dar gracias, en agradecer, en testimoniar<sup>1</sup>.

(Virgilio Piñera, "La isla en peso")

La obra de Nora Strejilevich con su tono reflexivo y sosegado, con ese ritmo uniforme que recuerda, piensa y escribe su historia, no es común en la literatura argentina. En ella, *lo judío* como una capa subterránea de sentido y forma me son cercanas, puedo decirlo más o menos así: una *chica hebraica* pero no del todo, una casa con algún libro de Martín Buber, de Bashevis Singer o de Scholem Aleijem, y un pasado un poco arrinconado, perdido o, directamente, matado. Carácter, paisaje, que puedo traer de *Una sola muerte numerosa*, su primer libro, de sus ensayos sobre las dictaduras latinoamericanas, y hasta de su aún inédito *Tatuajes en papel*<sup>2</sup>. Pero en esta presentación me detendré en dos escritos autobiográficos más sintéticos: *Antes y después* y *Demasiados nombres*. Apuntes que pueden remitirme vagamente a *Postales de la contracultura* donde Osvaldo Baigorria, autor también desterrado, recorre pasados viajes iniciáticos, más bien, me traen a Shklovski. A sus recuerdos formalistas de *La disimilitud de lo similar* o, mejor, a *La tercera fábrica*, ajustada y poética elipsis que me acerca *Antes y después* de Nora Strejilevich mientras *Érase una vez* puede compararse a *Demasiados nombres*<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup>Vale completar con otros versos del poema el epígrafe: "La maldita circunstancia del agua por todas partes/ Me obliga a sentarme en la mesa del café./.../ Doce personas morían en un cuarto por comprensión./.../ La eterna miseria que es el acto de recordar./ Si tu pudieras formar de nuevo aquellas combinaciones,/ Devolviéndome el país sin el agua/ Me la bebería toda para escupir al cielo./ Pero he visto la música detenida en las caderas.../ ¡País mío, tan joven, no sabes definir!./.../ La impetuosa ola invade el extenso salón de las genuflexiones".

<sup>2</sup>Trabajo estos textos en *La provincia judía*, inédito.

<sup>3</sup>Comparar lo incomparable sigue siendo mi afinidad electiva desde que lo postulara Nicolás Rosa hace ya muchos años.

*Antes y después* es un texto *redondo* -quiero decir-un escrito justo como *Tercera fábrica*, mientras que *Demasiados nombres*, con su certero título biográfico, se extiende un poco en explicaciones y narra asíla propia peripecia como *Érase una vez* del genial ruso. Dice Nora Strejilevich en el primero: “mi hábito no sistemático de anotar recuerdos anti nostálgicos” que “Con el tiempo terminé publicando varios libros y aprendí que lo que me hacía reír hacía llorar a otros”.

En *Antes y después* parte de preguntarse si es una escritora judía y escribe: “Estoy segura de que este sustantivo se me aplica, no sólo porque mis padres eran judíos sino porque, en este mundo, no podés simplemente olvidar tu pertenencia a tal ‘tribu’; alguien siempre te lo recordará”. El corte entre *ese antes* y *después*, explícito y literal, es la desaparición forzada en Julio de 1977, de ella, de su hermano nunca aparecido y de sus primos muertos. Entonces, sin metáfora su obra es una física fantasmática que el recuerdo recupera libro a libro ya que con “el libro de física” su familia aludía a su hermano Gerardo porque era lo que él estudiaba en el momento de secuestro.

En ese horizonte de escritura lo judío reaparece, siempre retorna, por ejemplo, de su madre dirá: “Sarita, se acerca a un grupo de madres. Su amiga más cercana es Sara Rus, sobreviviente de Auschwitz, y cuyo hijo (amigo de mi hermano) también fue secuestrado”.

Pero Nora Strejilevich elige recordar trabajando la lengua, ella señala “distorsionando vocales y consonantes para aliviar el dolor. (...) Escribo palabra tras palabra hasta que encuentro el sonido preciso, como si estuviera tocando la verdad. Dejo caer párrafos para imprimir, y son tan queridos, tan sagrados para mí que no quiero cambiar ni una coma.

Escribo, entre otras cosas, lo que me gritaron en la calle después de gritar mi apellido: ‘Judía de mierda, vamos a hacer jabón convos’. En cuanto mis secuestradores escupieron esa expresión de renombre internacional mis esperanzas de supervivencia se evaporaron. Afortunadamente, estaba equivocada: solo me estaban enseñando que, como miembro del mundo de los marginados, era mercancía de primera calidad. Después verían qué hacer conmigo”.

Con esta última afirmación vuelvo a Shklovski, al que los bolcheviques llamaron junto a muchos otros, “compañero de ruta” pues denominaban de ese modo a los que seguían críticamente la revolución, por lo que siendo siempre sospechados *luego se vería qué hacer con ellos*. Por supuesto fueron fusilados, deportados o censurados, las *sutilezas* no eran pertinentes en tiempos de *limpieza* -escribe Nora para nuestra Dictadura y continúa con aquello de “que las víctimas judías sufrieran tipos específicos de maltrato no era una novedad, pero se exacerbó”. Los totalitarismos *actualizan* a los anteriores, así estas notas refieren que: “Timerman, conocido periodista que fue secuestrado e interrogado sobre el “Plan Andinia” –una supuesta conspiración judía para apoderarse de la Patagonia– me (le) dijo una vez que el fascismo local debe entenderse de esta manera: ‘Siempre que hay una dictadura en nuestro país, la cuestión judía ocupa un lugar central’”.

Nora Strejilevich afirma que si bien pareciera que “subrayar la ideología antisemita de los militares despolitiza una persecución dirigida contra una rebelión política”, a su “entender la difamación de los judíos es política (y continúa). En Argentina, los judíos son vistos a menudo (por ciertos estratos sociales) como un peligro internacional,

como elementos extranjeros no comprometidos con los valores nacionales, como personas con ‘dobles lealtades’, generalmente ‘rojos’”. Un antisemitismo larvado aparece siempre<sup>4</sup> y estos escritos lo documentan, también marcan la convivencia en nuestro país de judíos con fugitivos de las SS, ella recuerda que un ex oficial alemán vivía frente a su casa en Olivos años antes de la captura de Eichmann.

Pero esos modos judíos, a los que aludía en el inicio como cercanos, eran -como recuerda Nora- que “Mis (sus) padres (los míos también) hablaban ídish cuando no querían que lo entendiéramos. En resumen, éramos una típica familia judía que buscaba asimilarse en un país que bregaba por la homogeneidad”. Y si esas maneras estaban en el juego con el idish, que estos escritos definen como un “idioma (que le) me hace cosquillas al oído con su vocabulario; su ingenio me cae bien. Mi padre es un humorista, juega con las palabras, y estoy segura de haber heredado algo de su chispa. Me pregunto si mi atracción por el humor autocrítico es un legado judío”, digo que, si esa parte del relato del *antes*, antes del 76, tuvo una perspectiva lingüística, la vida narrada *después* fue también una batalla en la lengua:

“Mi revuelta, una vez en el exilio, consistió en encontrar una manera de contar nuestra historia que descalificara la siniestra jerga de nuestros victimarios. En

---

<sup>4</sup>Valga notar aleatoriamente, porque es la lectura que tenemos más cerca en este momento, que Thomas de Quincey en *Biografías selectas* afirma: “... hoy, en 1838... aquellos insensatos que han construido su moral a partir de las leyes ceremoniales judías”. En *Literatura rusa* (Estrin, 2012) ya habíamos marcado, siempre con sobresalto, lo que podemos entender como concepciones antisemitas del XIX ruso en Dostoievski, por ejemplo. En un relato de la misma Nora Strejilevich del día de la voladura de la Amia, también la autora asiste y narra una variante antisemita (¿lingüística, fenoménica?) por parte del taxista que la acerca al lugar devastado el 18 de Julio de 1998 (*Un día, allá por el fin del mundo*, “Cicatriz Urbana” (págs. 231-236). Hoy, marzo de 2025, el gobierno de Milei trae nuevamente fantasmas muy reales en este sentido.

este sentido, de nuevo: ¿se me podría llamar escritora judía? Cualquier escritor puede crear un personaje judío, pero a menudo son los escritores judíos los que dan testimonio del estilo cultural”<sup>5</sup>. Y ese mundo no le parecía tan distante del argentino, aunque le “intrigaba el pequeño tamaño de su (nuestra) familia en comparación con otras, con su abundancia de tíos, tías y primos”.

Clarísima siempre, Nora Strejilevich elige “un camino centrífugo”, escribirá y viajará una y otra vez, aunque su primera estancia al escapar de la Dictadura fue Israel. Ella sabe que toda persecución es política, y el antisemitismo también, y que los interrogantes acerca de su condición judía arrecian. Ella escribe que “el exilio es redondo”, nomadismo que la lleva a pensarse o sentirse fuera de todo país y canon, siempre anda “allá por el fin del mundo” -para citar otro de sus libros, por lo que, abandonado el espacio, su tarea es en el tiempo y, sobre todo, en la lengua, así asegura que: “En español me da miedo la continuidad de nuestra historia, en inglés su falta de continuidad”.

En *El viaje del provinciano* (Estrin, 2018) propuse que el que se va queda de ningún lado, por lo que, tal vez, solo pueda asirse de la lengua, apretado en el personal movimiento del escribir y reescribir, quizá una compleja forma de patria portátil.

---

<sup>5</sup> Maneras que estos escritos definen precisos cuando puntúan: “Antes: 1951–1962: La tradición judía me resulta bastante desconocida. En casa nunca celebramos un Seder de Pesaj ni conmemoramos Rosh Hashaná. Mis padres eran ateos y no confiaban en los rituales. Eran humanistas. Tevye el lechero, los libros de Martin Buber y algunas obras literarias ídich traducidas se encontraban en el estante principal del escritorio de mi padre, nuestra biblioteca. Este tipo de judaísmo era bastante común en aquella época”. Luego, mudada al barrio de Once descubre “una especie de beigel de semilla de amapola con cebollas, y Hebraica, un club deportivo y social judío con una gran biblioteca, un antídoto para la aburrida escuela pública”. Aquí merece la pena tratarse la distancia entre arte y cultura (Estrin, *Libro de autor*, 2025)

Leo en *Antes y después*: “Mi pertenencia judía está anclada en estas seis letras y mi venganza se plasma en la escritura. ¿Es en este sentido que se me puedo llamar escritora judía?” Nora sabe que la lengua a los autores no los confirma, los cuestiona y los rehace, pero también les permite hacerse un lugar.

En el caso de *Demasiados nombres*, la genealogía que intenta armar de su familia da cuenta de su judeidad aunque esa serie nos fue transmitida en voz baja -*sha*, *shtil*-secreto que luego la historia viene a recordar bien gritado. Escribe Nora: “Cuando en los setenta el terror reencarnó en estas remotas tierras y vino a golpearles la puerta, esta gente de raíces trucas no encontraría en su diccionario palabras para entender cómo era que la historia había cruzado el océano para condenarlos una vez más”. Y como resultado, los vacíos, las ausencias, la falta de extensión familiar pudo un poco suplirse también con palabras: por ejemplo, de niña se agregaba un nombre, diciéndose llamar, por duplicación y diminutivo, “Nora Norita”, juego que complico en “Norita Norele” -como suelo nombrarla- para incrustarle, además, encima, aún, el dulce idish familiar.

Así retoma, también, su diferencia con los *goyim* (no judíos) que la rodeaban en la escuela, en la plaza, aunque para ella eso era una ventaja parcial porque no hacía más que iniciarla en multiplicidades que solo conocen los que viven mundos por lo menos dobles. Nora recuerda: “En mi barrio no detectaban siquiera que yo fuera diferente, gracias a mi marranismo intuitivo: aprendí a usar máscaras para no ser notada”. Aunque agrega que el “conflicto apareció más adelante, cuando un compañero de la universidad hizo un comentario sobre mi apellido. Que era *moishe*, dijo. Fue la primera vez que alguien me miraba de reojo por mi evidente status inferior”.

En ese *antes*, su familia no *quiso* escuchar, Nora recuerda que “La madre de un vecino nuestro, una alemana que vivía enfrente, le había dicho a Sarita: Ustedes son judíos pero son buenos”.

La obra de Nora Strejilevich es una vida dedicada a recordar por escrito, ella cuenta: “Ingresé a medicina porque quería investigar el funcionamiento de la memoria” y que el 76 le trae feroz una perspectiva judía: “En junio de 1977 fui a la Sojnut, la Agencia judía, y me inscribí en una de esas excursiones para jóvenes que quieren visitar Israel”, lo que le sirvió para que cuando la *aparecieron* huyera con ese *salvoconducto*. Gerardo, su hermano, no habría podido hacerlo, porque -relata Nora- cuando “fue a la Sojnut a preguntar si podían ayudarlo, cuando dijo que su novia era *goy* lo mandaron a casarse primero. Solo aceptaban judíos o matrimonios mixtos. Los judíos de medio tiempo, como me llamaba un amigo, éramos marginales hasta para la propia comunidad”. Y más allá de estos vericuetos realísimos, a Nora Strejilevich, ella misma resto de un diluvio a veces olvidado, era ahora la Dictadura Argentina la que se lo recordaba.

Situación diversa pero elocuente de la que muestra “El otro señor Klein”, película de Joseph Losey donde un ciudadano francés es confundido con un judío y enviado a un Campo de Concentración, *este otro señor Klein* luego de reclamar desesperado el error *descubre que puede ser judío*, que en esa *circunstancia puede (debe) elegir serlo*. En estos casos no hay nadie a quien recurrir, la ceguera y la sordera cunden, solo las palabras le permiten a Nora reflexionar: “No había sido escritora en la Argentina, fue en el exilio donde el lenguaje se volvió mi país. En Israel empecé a trazar poemas y digo trazar porque eran, más bien, dibujos en palabras. Los mandaba a casa en el reverso

de postales alusivas, como una pala que levantaba un poco de tierra suspendida en el aire; el poema se llamaba 'Memoria'. A falta de colores, diseñaba escenarios en párrafos. Mi padre era dibujante y yo solía imitarlo desde chica, perolas letras me eran más afines. La agilidad de un vocabulario que fluía por sí mismo me sedujo tanto que los poemas se estiraron en páginas y en manuscritos. (...) Cuando desembarqué en Canadá en 1980 acepté, finalmente, mi destierro y empecé un doctorado en literatura latinoamericana. Un día me anoté en la materia "Autobiografía", y el profesor nos invitó a presentar un ensayo o la historia de nuestra vida. Empecé entonces y la sigo escribiendo".

Para ella, para los autores, el pasado, lo familiar, lo que se narra, es un continuo de formas, palabras, relatos, porque la atribución, esa deícsis que a veces la señala como judía, la que le recuerdan siempre los otros, es múltiple, por eso en *Demasiados nombres* marca que "En el exilio me di cuenta que yo era judía en la Argentina, americana en Israel, latinoamericana en Canadá y latina en los Estados Unidos (concepto que tarda en afianzarse porque parezco caucásica). Cada lugar me cataloga a su manera, pero siempre soy extranjera. Por eso renuncié a creer que exista un yo monocromático: estas definiciones sirven apenas, y precariamente, para llenar formularios. Por eso busco sentidos en los entramados invisibles del mapamundi. Y armo un personaje con mi nombre, sobre todo, porque una vez me lo robaron. Demasiados nombres para asir, demasiados nombres borrados, demasiados nombres" -termina anotando.



Finalmente, como dice Shalamov en sus cartas a Nadiezhda Mandelstam, entendemos que los autores tienen “una religión sin ningún misticismo, completamente terrenal, con sus cánones estéticos que trazan límites éticos, límites morales”<sup>6</sup>. Por eso establezco un puente entre algunos autores argentinos y algunos rusos que comparten el continuo recordar escribiendo por lo que sus obras son eternos jueces de la historia que pueden sentenciar como N. Mandelstam en *Contra toda esperanza* postula: “He permanecido allí toda mi vida”<sup>7</sup>.

Laura Estrin, febrero 2025

-La autora ha traducido para este trabajo “Too Many Names” (“Demasiados nombres”) de Nora Strejilevich: *Taking Root: Narratives of Jewish Women in Latin America* (Volume 38) (Ohio RIS Latin America Series) <https://a.co/d/7Vwgx4iY> "Before and After" que publicó la revista *Nashim: A Journal of Jewish Women's Studies & Gender Issues*, 30 (2021): 76-91.

---

<sup>6</sup>Cf. Norman Manea, *Payasos. El dictador y el artista*.

<sup>7</sup>Muchas veces en mis ensayos he tratado la relación entre los modos trágicos del totalitarismo de diferente signo ideológico. Comúnmente se compara la Dictadura Argentina con el nazismo, pero hay muchas *cuerdas tensas* entre diversos crímenes de lesa humanidad de distintos estados y signos ideológicos. (“Cuerda tensa” es un verso de *La canción de Ígor* con que Shklovski nomina sus recuerdos formalistas, libro que en español ha sido traducido como *La disimilitud de Ijo similar* que era su subtítulo).